

LA PLAYA
DE LOS
NARCISOS

MADO MARTÍNEZ

LA PLAYA
DE LOS
NARCISOS

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2024

© Mado Martínez, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-887-0

Depósito legal: SE. 108-2024

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

La ahogada	11
La inspectora Muñoz	15
Estela y Roberto	22
El escritor de historias de terror	39
La asesina de las lilas	54
Preguntando se llega a ningún sitio	62
Las lágrimas de Juan	75
Y si fuera ella	84
Imaginaria	95
Instituto de Neurociencias	102
Llámame loca y déjame en paz	121
La vida te da sorpresas	133
Montíboli	142
En carne viva	154
La señorita locura no se encuentra en casa en estos momentos	169
No estaba muerta, estaba de parranda	178

El vendaval	183
Desencuentro	194
La huida	197
Le dijo la ahorcada a la ahogada	204
El comisario	208
Sin salida	216
No sin mis hijas	224
La emboscada	236
Los que me aman te odian por mí	241
El lado oscuro del corazón	253
Las lágrimas del sol	264
La condena	274
Cadáveres fríos	279
Amante vas amando sin amor	283
Ni felices ni perdices	287

ADVERTENCIA:

Los personajes y hechos retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia, a pesar de Alfredo Bryce Echenique.

LA AHOGADA

LENA PASEÓ POR LAS DUNAS DE LA PLAYA SIN PERDER de vista a las pequeñas. Amelia y Valentina correteaban en cueros, de la arena al agua, del agua a la arena, persiguiéndose en círculos. Encontró un pequeño ribazo de hierba mullida en el que acomodarse a leer, pero sus ojos se posaron en el vuelo relajado de una abeja que libaba el néctar de las florecillas y dibujaba una estela de zumbidos alrededor. Se fijó en los delicados y sedosos pétalos amarillos, púrpuras y rosáceos que coronaban los matorrales, como cabezas asomadas al mar. De vez en cuando, una amapola despuntaba chillando de rojo pasión entre las manzanillas.

Cogió el libro que llevaba en el bolso de playa y se ajustó las gafas de sol. Le gustaban aquellas lentes, hacían que los colores de la realidad fueran más cálidos y llevaderos. Rastreó la página por donde se había quedado. Últimamente leía más libros electrónicos que de papel, aunque necesitaba sentir la sensación de pasar las páginas de un libro

«de verdad» periódicamente. Su abuela Dolores siempre decía que el saber no ocupaba lugar, pero no era cierto. Sí que ocupaba sitio. Ya no quedaba espacio para más libros en las estanterías. Encontró el párrafo que buscaba. Levantó la vista hacia las niñas antes de sumergirse en la lectura. Correteaban agua arriba, arena abajo, brincando las olas.

Estaban a finales de marzo, cuando la playa del Pinet era un paraíso abandonado, frecuentado únicamente por cuatro gatos, casi todos extranjeros, y algún que otro pescador de anzuelo y doradas. En aquella época la cosa se animaba un poco con la apertura de un par de restaurantes familiares, el Galicia y el Maruja, este último con servicio de habitaciones, ambos situados frente al mar. La casa de Lena se encontraba a tan solo unos metros de distancia. Se trataba de una pequeña vivienda de planta baja construida a pie de ola, unas cuantas décadas antes de que entrase en vigor la ley de costas y las Salinas de Bonmatí fueran declaradas Parque Natural. De aquellas casitas de los años 50, devastadas por la erosión de la sal, la humedad y el oleaje, ya no quedaba mucho. El mar se había acercado demasiado. En la actualidad estaba prohibido alquilarlas o venderlas, y únicamente podían heredarse. Era una de las propiedades que sus padres le habían legado. Algunos vecinos, como ella, vivían allí todo el año, entre otras cosas, porque no tenían otro techo bajo el que caerse muertos. Otros acudían los domingos o cuando hacía bueno. Los meses previos al verano se encalaban las fachadas y pintaban las persianas con renovados verdes o azules mientras las cañas de pescar descansaban, silenciosas, frente a las olas. Si había suerte, y dependiendo de la época del año, tras la jornada

de acicalado hogareño, podía caer en la mesa una lubina, una dorada o un pulpo. Los domingos, siempre arroz, como buenos alicantinos.

Algún día, si la casa de Lena todavía no se había derrumbado, sería de sus hijas, Amelia y Valentina. Ochenta metros cuadrados y un porche con escaleras que daban directamente a las rocas por donde solo discurrían los cangrejos y el agua estrellada. No era el mejor lugar para descansar, especialmente en invierno. El mar siempre estaba picado y el estruendo de las olas agitadas por el viento era tan ensordecedor que algunos no podían resistirlo. «Esto es peor que vivir al lado del aeropuerto», se había quejado su suegra en una ocasión.

Empezó a leer: «Brunetti estaba con ella el día que hubo un tiroteo y murió un hombre, pero nunca la había visto así. Su elegante imparcialidad e ironía habían desaparecido y las había reemplazado una ira tangible que él mismo percibía desde su lado del escritorio». Las frases de Donna Leon se mezclaron con el graznido de una cigüeña encantada. Lena alzó la vista al vuelo del ave que en aquellos momentos había dejado de batir las alas para planear sobre las corrientes del viento.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Las voces de Amelia y Valentina se confundieron en un chillido histérico, como cuando veían una medusa, solo que aquel bulto que yacía sobre la arena era mucho mayor. El sol era cegador, incluso a través de los lentes. Aun así, Lena se quitó las gafas para enfocar mejor, tiró el libro al suelo y corrió hasta la orilla sembrando una estela de pequeñas erupciones de arenilla al pisar. Parecía un cuerpo

tumbado bocabajo. Lo era. Llevaba toda la ropa mojada y las algas se habían abrazado a su figura femenina.

—¡Apartad! —gritó a las niñas.

Lena observó, horrorizada, que estaba maniatado. Venció el terror a tocarlo, como si le fuera a hacer algo, y trató de zarandearlo sin obtener respuesta. Hizo acopio de fuerzas y le dio la vuelta. Era una chica de cabellos enredados en una maraña de redes e hilos de pesca. Tenía la mirada descolorida, inundada de muerte. Fue entonces cuando la reconoció. Era *ella*... Pero no podía ser, porque *ella* no existía. Se giró hacia las niñas. Sus hijas también la veían. Entonces, ¿era real?

—¡No, no, no! —suplicó Lena al inclinarse sobre ella.

—¡Amelia!, ¡coge mi móvil y llama al 112, como mami te enseñó! ¡Y tú, Valentina!, ¡ve al hostel y pide ayuda!

Las olas azotaron el cadáver y empujaron a su vez a Lena. El mar no entendía de tragedias humanas ni podía frenar el avance de sus aguas. El chisporroteo de gotas saladas le irritó los ojos. Amelia creyó ver lágrimas en el rostro de su madre. Tal vez lo eran.

LA INSPECTORA MUÑOZ

LA INSPECTORA ESTELA MUÑOZ OBSERVÓ A LENA A través del cristal antes de entrar en la sala de interrogatorios. Tenía los brazos sobre la mesa, con las manos alrededor del café que el agente Roberto Martínez le había sacado de la máquina. Cuarenta años, media melena desordenada por los ímpetus de la brisa marítima, ojos castaños y labios finos. El informe decía que se llamaba Malena Reverte. Se trataba de la persona que había encontrado el cadáver. Era el drama de todos los veranos: gente ahogada. Solo que no estaban en verano y el cadáver no llevaba ropa de baño ni neopreno. Esperó a que Roberto llegara para entrar con él. Rebobinando: era el drama de todos los deprimidos, un suicidio en toda regla.

El olor a café llegó como un anzuelo. No picó, a pesar del sueño. Su estómago se lo agradecería. A Estela no le entusiasmaba mucho estar en comisaría, prefería pasar el tiempo ocupada en cualquier otro menester al aire libre. Alguien le trajo una taza de té, nada que ver con las que le

preparaba su marido. Las paredes tristes del recinto policial estaban cubiertas de carteles, SE BUSCA, PERDIDO, ALERTA y otros anuncios. La Asociación Abrazo Azul había lanzado junto a Mr. Policía unos muñequitos para recoger fondos destinados a la Fundación de Huérfanos de la Policía Nacional. Había dos modelos de agentes para elegir, uno de hombre y otro de mujer, ambos con uniforme, mascarilla y capa. Accedió a la web a través de su móvil y pidió dos parejas de cada para sus hijas. Una para Susana y otra para Leonor, aunque sabía que a la que realmente le harían ilusión aquellas miniaturas sería a Susana. Tras completar el proceso de compra, sintió un placer demasiado familiar. El mismo que sentía cada vez que adquiría algo, lo que fuese.

El ruido mañanero de los despachos, la cola para renovar el pasaporte, pedir un número de identificación extranjero o poner una denuncia se habían convertido en una angustia sonora contra la que no podía hacer nada, salvo refugiarse en los conductos de silencio que lugares como la sala de interrogatorios a duras penas propiciaban. Roberto estaba en el despacho de al lado. Esperaba a que alguien fuera a acompañar a las niñas mientras interrogaban a la madre. No tenía por qué esperar a que el agente se uniera a ella para entrevistarse con aquella mujer, pero Estela asumía un papel mucho más destacado cuando él estaba alrededor. Y ella necesitaba brillar, aunque fuera a costa de apagar la luz de los demás.

—¿Entramos? —preguntó el agente Roberto Martínez al llegar.

Estela no respondió, tan solo se dedicó a abrir la puerta.

—Buenos días, señorita Reverte —dijo la inspectora Muñoz. Empujó una silla para tomar asiento frente a Malena.

Martínez hizo lo propio dejando caer el peso de sus cincuenta y cinco años sobre la silla.

—Pueden llamarme Lena.

La inspectora Muñoz se dio cuenta, únicamente por el modo encadenado en el que pronunció aquellas palabras, dotadas de expresión, de que estaba ante una persona de carácter nervioso y despierto. Reprimió un escalofrío. La sala era una nevera de gélida oscuridad. Se ajustó el pañuelo que llevaba anudado al cuello. Debía tener más de un centenar, aunque al final siempre se ponía los mismos de siempre. Prestó especial atención al modo de vestir de la mujer que tenía delante. Ligeramente *grunge* y definitivamente caro, como el modelo de teléfono móvil de última generación que había dejado sobre la mesa. A Estela no le pasó desapercibida la etiqueta de Ralph Lauren en los vaqueros rotos de tono pretendidamente desgastado. Uñas de manicura, corte de pelo que por mucha greña rebelde que llevara en la cara había sido esculpido por un estilista, y ese poso de niña que no ha pedido nada pero lo ha tenido todo.

—¿Podría contarnos lo sucedido? —la invitó a hablar el agente Martínez.

El teléfono móvil de Lena emitió un sonido y la pantalla se iluminó.

—Perdón —se disculpó y quitó el sonido. Volvió a dejarlo sobre la mesa—. Yo estaba en la playa leyendo, poco más o menos a la altura del barco hundido en la arena... Me había sentado en un ribazo, en lo alto, para tener a las niñas controladas. Entonces ellas se pusieron a gritar, vi que esta-

ban alrededor de un bulto con todo el aspecto de tratarse de una persona. Estaba bocabajo, no se movía. Le di la vuelta y... —Lena dudó. ¿Debía decirles que conocía a la fallecida?

Estela captó el reparo de la testigo por la forma en la que desvió la mirada.

—¿Y? —preguntó Martínez.

—Nada —dijo Lena.

La inspectora Muñoz no le quitaba la vista de encima. Lena advirtió el peso de su mirada.

—¿La había visto antes por allí? —preguntó el agente Martínez.

—Eh... —Lena comprendió que, si les contaba la verdad, la tomarían por loca. Y, en el fondo, ¿no lo estaba? ¿No era aquella mujer esa alucinación de la que le había hablado su psiquiatra?—. No, no la conozco.

—¿La vio entrar en el agua? —inquirió la inspectora. La pregunta era intencionadamente absurda y con voluntad de confundir, ya que, a juzgar por el estado del cuerpo, probablemente llevaba muerta varios días.

Roberto Martínez sí se dio cuenta, pero no intervino, no era la primera vez que veía a la inspectora hacer preguntas trampa, tontas o absurdas, como el gato que lanza al aire al volantón caído del nido, una y otra vez, sin ninguna otra intención salvo la de disfrutar.

—No, apareció de la nada en la orilla. Tal vez se tiró desde el espigón... A lo mejor deseaba morir —se aventuró a decir Lena.

A Estela le hizo gracia la forma en la que aquella mujer jugaba a adivinar lo que había pasado, cual detective. Las lesiones autoinfligidas por ahogamiento y sumersión

no figuraban entre los métodos más usados para suicidarse, pero todavía tenían sus seguidores, como saltar desde un lugar elevado.

—¿Qué le hace pensar que pudo suicidarse? —preguntó la inspectora.

—Alfonsina Storni se lanzó al mar desde un espigón.

—¿Era de por aquí? —preguntó Roberto Martínez.

A Estela se le escapó una risa. El agente miró a su superior con cara de no entender.

—¿Qué he dicho?

—¿Ya la han identificado? —Lena estaba ansiosa por saber.

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros —respondió Roberto, visiblemente molesto—. ¿Me va a decir usted quién es Alfonsina Storni?

La inspectora Muñoz levantó la mano con el ánimo de restar importancia a la incómoda pregunta que acababa de hacer su compañero.

—Déjeme adivinar: a que, aparte de leer poesía, también le gusta la novela negra... —continuó la inspectora.

—¿Cómo lo ha sabido? —se sorprendió Lena.

—Mala detective sería si no lo supiera —bromeó Estela.

—Pero ¿por qué iba a atarse las manos? —se preguntó Lena en voz alta.

—¿Por qué se metió Virginia Woolf piedras en los bolsillos? —dijo la inspectora.

Lena comprendió. La escritora británica Virginia Woolf se había suicidado al arrojarle al río con los bolsillos llenos de piedras.

—¿Virginia qué? —interrumpió Martínez.

Las mujeres intercambiaron una mirada cómplice. Roberto supo que no debía insistir y se tragó la humillación.

A Lena empezaba a caerle bien aquella mujer. La observó durante un rato: piel blanca, tal vez no más de cuarenta y tres años, pelo rubio recogido en un moño con una pinza, gafas al aire, ojos amarillos y una mirada vuelta hacia dentro, como si sus ojos no mostraran quién era realmente. Pero sonreía, a pesar de la minúscula boquita de piñón, y a Lena le gustaba la gente que sonreía. Por un instante, creyó que podría decirle la verdad. Trató de ensayar una explicación en su cabeza: «Verá, inspectora, yo creía que esa mujer solo existía en mi imaginación. Me costó mucho deshacerme de las alucinaciones, y solo lo conseguí después de atiborrarme a pastillas y babear saliva». Tras valorarlo durante unos segundos, decidió callar. No quería acabar en el psiquiátrico otra vez; no ahora que por fin había conseguido recuperar la tutela de Amelia y Valentina.

—Parece usted cansada —dijo la inspectora—. Vuelva a casa. El agente Martínez la acompañará. Sus hijas están en el despacho de al lado. Ahora mismo se las traen. Procure permanecer localizable y, si más tarde recuerda algo que haya podido pasar por alto, aunque no le parezca importante, llámenos.

Estela se levantó, dando por finalizado el encuentro, y Lena la imitó precipitadamente. Al salir de la sala, la inspectora la vio reunirse con sus hijas. Sintió la tentación de acercarse a preguntarle por qué no estaban en el colegio,

como Leonor y Susana, como todas las niñas, pero no le pareció adecuado hacerlo delante de las pequeñas. Las dejó marchar, convencida de que volvería a verlas. Desde la puerta de salida, la luz prometedora de la mañana la llamó como una sirena. Estela no se esforzó en taparse los oídos. Necesitaba una taza de sol.